

Reseñas

Guy Rozat Dupeyron, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, Tava Editorial, México, 1993.

Este libro lleva el año de edición de 1993 pero, de hecho, "se terminó de imprimir el 15 de diciembre de 1992". Este doble año me parece un dato positivo y un hecho significativo. Positivo, porque la fecha de 1992 permite enmarcarlo en lo producido ese año. Significativo: me explicaré a este respecto hacia el fin de mis líneas. Así pues, un libro de 1992. Ahora bien, yo no pretendo haber leído todo lo que se publicó en y para 1992 (por otro lado ¿quién puede pretenderlo?). Pero, inevitablemente, y a veces de no muy buena gana, he leído bastantes libros, artícu-

los, folletos, ensayos... Sin duda, había entre ellos textos muy interesantes, útiles. Pero ¿novedades? Ninguna. Entiendo por novedad, no las novedades recurrentes (los años nuevos, la nueva cocina, el nuevo cine, la nueva novela, los nuevos pobres, la *nouvelle histoire*...). En cambio, el libro de Guy Rozat es nuevo, muy nuevo, nuevo de verdad.

Rozat comenzó hace más de veinte años el estudio que lo condujo finalmente a la publicación de este libro. Su proyecto fue claro (y ambicioso) desde el principio: cómo enfrentar la historia de los pueblos sin historia, de los pueblos anágrafos y, por consiguiente, sin historia escrita. Se dirá, justamente, que no hay nada nuevo en ello ya que todos los prehistoriadores se han enfrentado a ese problema y, muy

frecuentemente, con fortuna y éxito; ¿cómo no recordar el nombre de Le Roi Gouran? Pero los prehistoriadores trabajan sobre objetos, los restos arqueológicos, con la “ventaja” de no disponer de documento alguno escrito. Puede parecer un poco absurdo considerar que es una “ventaja” no disponer de fuentes escritas pero, si lo pensamos bien, así resulta. Porque en ciertos casos son precisamente los documentos escritos los que se interponen entre el historiador y la realidad objeto de su estudio, los que se convierten en factores de distorsión, de incompreensión, de falsa comprensión. Es esto lo que sucede con los documentos “indígenas” que ilustran —por parte de los vencidos— la conquista de América. Son ellos los que conducen a distorsionar el relato de la conquista.

Guy Rozat se interroga: ¿qué son esos famosos documentos?, ¿qué contienen? Por lo que se refiere a ciertos acontecimientos, no añaden nada a lo que nos ofrecen documentos (sobre todo las crónicas) “cristianos”. De la vertiente indígena: sobre todo signos, presagio. ¿Y qué son esos signos, esos presagios? Guy Rozat nos guía en un extraordinario viaje durante el cual nos encontramos con Cicerón y Tito Livio, Virgilio, Flavio Josefo, la Biblia, Tácito y Homero, Valerio Máximo y Séneca, Plotino y Diógenes Naerzio, Hilario de Poitiers y cien más, grandes autores de la antigüedad y la edad media.

¿Por qué hacemos coincidir a todos esos autores griegos, latinos de la Europa medieval para hablar de la conquista de América? ¿Cuál es la relación con los documentos “indígenas” repre-

sentados por los informantes de Saha-gún, Tezozomoc, Muñoz Camargo y tantos otros? Para responder a esto, daré un ejemplo tomado, naturalmente, del libro de Guy Rozat:

Flavio Josefo, para contar la caída de Jerusalén, nos dice que un presagio, un signo, había aparecido en el cielo: “Un cometa que tenía la forma de una espada apareció sobre Jerusalén, un año entero.” Y Muñoz Camargo, para contar la caída de Tenochtitlan escribe: “Diez años antes que los españoles viniesen a esta tierra, hubo una señal [...] apareció una columna de fuego muy flamífera, muy encendida [...] dicha señal duró un año.”

Aníbal está a las puertas de Roma. Y Tito Livio cuenta: “El templo de la esperanza había sido golpeado por el rayo.” Para Tenochtitlan, Muñoz Camargo dice: “Un rayo cayó en un templo idólatrico que tenía la techumbre pajiza [...], cayó del cielo sin trueno ni relámpago alguno sobre dicho templo, se quemó y abrasó todo.”

Como se ve, es perfecta la correspondencia de signos y presagios, entre las caídas de Jerusalén, Roma, Tenochtitlan. ¿Cómo se llega a esa perfección? Por un camino bastante simple: esos signos, esos presagios no son sino *topoi*, lugares comunes (y podrá reprocharse a Guy Rozat el no citar los trabajos de Ernst Curtius) engendrados por la cultura mediterránea (judía, griega, latina). Es este patrimonio el que servirá al proceso de aculturación de las poblaciones aborígenes de América. Pero ¡cuidado!, la transmisión de los *topoi* al interior del mundo mediterráneo se había realizado, probablemente, de manera ingenua, simple, en-

tre los diferentes pueblos. Ninguna ingenuidad ni sencillez, en el paso de esos signos y esos presagios, al mundo americano: Jerusalén cayó porque debía dejar su lugar a Roma y esta última, a su vez, debía caer para dar paso a la segunda Roma, la de Cristo. Así, Guy Rozat, en un determinado momento de su viaje (a la “sexta vuelta”), puede decir “cómo se llegó pues a Jerusalén, articulación necesaria y fundamental del discurso del mito escatológico cristiano, y por qué Tenochtitlan—Jerusalén americana— tenía que ser destruida. Y los signos de la destrucción mexicana, que serán también los de su posible salvación” (p. 91).

Si sólo se tratara de los dos ejemplos citados, podría hablarse de simple coincidencia, pero el hecho es que Guy Rozat multiplica las citas en un juego infinito de espejos que proyectan, sobre un pretendido mundo indígena, imágenes que vienen de lejos, de muy lejos. Ya se trate de caballos o perros, de las profecías de Moctezuma o de la conversión de Ixtlixóchtli, todo se transporta a una relectura de documentos, de fuentes, de testimonios que creíamos conocer y que, por el contrario, se manifiestan ahora totalmente nuevos.

Dije al principio que la doble fecha (la tipográfica: 1992; la editorial: 1993) que aparece en este libro, podía ser considerada como significativa. Significativa de una ambigüedad que parece aferrarse a toda tentativa de mirar más claramente en esta “conquista” que, tras 500 años, se muestra tan confusa todavía. Pero me parece que las páginas de Guy Rozat constituyen una de las tentativas más logradas por

llevar luz a la oscuridad. Es de desear que este libro se conozca, se aprecie, se medite. Los defectos que el autor mismo señala en un bello esfuerzo de autocrítica: “la extrema confusión de un estilo a veces gongórico”, “la mezcla de los niveles del discurso utilizado”, “una construcción generalmente caótica” (p. 191), no deben constituir para el lector un pretexto para no acercarse al libro cuya importancia, estoy seguro, resultará evidente a toda persona de buena fe. Y ya que se habla tanto de epistemología histórica, he aquí un ejemplo concreto y logrado.

Ruggiero Romano
EHES-París
El Colegio de México-México

Linda Arnold, *Burocracia y burócratas en México, 1742-1835*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Grijalbo, México, 1991, 264 pp.

Emprender la reseña de un libro en su versión traducida implica la doble tarea de atender el trabajo original del autor y la versión que de éste ha hecho el traductor. El caso que nos ocupa es la versión al español del estudio de Linda Arnold, *Bureaucracy and bureaucrats in Mexico City, 1742-1835*, publicado originalmente por la University of Arizona Press en 1988. Así pues, la primera parte de la reseña estará dedicada al estudio de Arnold y la segunda y última a la traducción.

Como señala Arnold en el capítulo introductorio de su estudio, abordar el tema de la burocracia es lidiar con uno de los elementos medulares del siste-